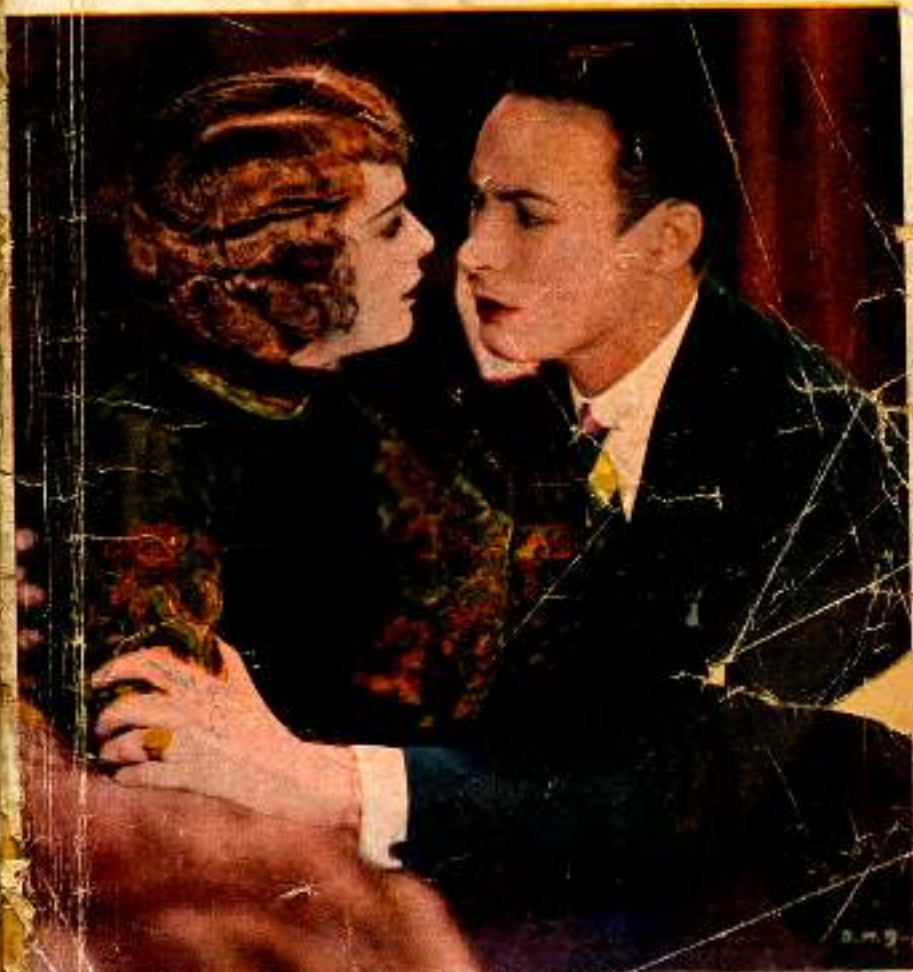


LOS DADOS ROJOS

por ROD LA ROCQUE
y M. DE LA MOTTE



38

BIBLIOTECA PERLA
PUBLICACION QUINCENAL

80

BIBLIOTECA PERLA

LOS DADOS ROJOS

(RED DICE, 1926)

GRAN REPRODUCCIÓN CINEMATOGRAFICA

PRESTANCIÓN A SELECCIONES PRO-DIS-CO

INTERPRETADA POR LOS CELEBRES ARTISTAS

M. DE LA MOTTE
y ROD LA ROCQUE

VERSIÓN LITERARIA DE
" FERNANFLOR "



PRODUCERS DISTRIBUTING CORPORATION

Distribuidores para España

JULIO-CÉSAR, S. A.

MILAO - BARCELONA - MADRID - VALENCIA

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN : PARÍS, 204 - BARCELONA



LOS DADOS ROJOS

I

Cae la noche irremisiblemente, con todo el cortejo de viento hameanado, lluvia torrencial y frío intensísimo. Azota impasible la lluvia a los pocos transeúntes que por las calles de Nueva York deambulan embutidos en sus buscos impermeables o cobijados bajo los pretensiosos y ridículos paraguas.

Para el que tiene un techo bajo el que cobijarse aquel azote de la noche es una ligera molestia; al pie de la lumbre secará sus ropas y buscará calor para sus miembros ateridos. Para el que no cuenta con techo alguno en el que guarecerse, la noche, la lluvia y el vendaval son un castigo del destino. El quicio de una puerta es poco cobijo para librarse

II TIPOGRAFÍA LA ACADÉMICA II
HERNÁNDEZ DE SUZARRA Y RUSSKIL
CALLE ENRIQUE GRANADOS, 112
II TELÉFONO C-104, BARCELONA II

de la lluvia, a más que aunque sirviera de resguardo para el agua, el frío le alcanzará y le helará los huesos y el alma.

Cuando el pobre ser que tiene que soportar los rigores del invierno lleva en su estómago escasos alimentos y tiene hambre y la vida le niega el alimento con que saciar su apetito, no es de extrañar que maldiga al destino que le adornó de tan pérra manera.

Si el que se encuentra en tal situación es un hombre joven y fuerte, capaz para la vida y para la lucha, pero incapacitado por la situación para enfrentarse con las bonanzas del destino, es muy posible que sus miembros se rebelen al frío, su organismo al hambre y su cerebro a la inconsciencia de los demás. Y si además de esto, el cerebro rige perfectamente dirigido por una inteligencia nada común y una cultura adquirida merced al esfuerzo propio, la rebeldía puede, aunque mas tarde, ser más explosiva.

Los grandes ladrones, en su casi totalidad, tuvieron que pasar por este mal momento en que se rompe el equilibrio que debe existir entre lo interno y lo externo, por ser éste flogelado por potencias imposibles de anulación, y aquél roto por el propio pensamiento, incapaz de comprender las anomalías conque le hiera inmutable la vida. ¡La vida!

En las grandes ciudades existe un porcentaje bastante considerable de estos seres, a los que unos dan el nombre de vencidos, otros les califican de inadaptados, y algunos les confunden con la escoria, producto del vicio y la degeneración.

En la mayoría de los casos el nombre que mejor les cuadra es el de inadaptados. Si examinamos atentamente la vida de estos hombres, les veremos siempre a través de un rasgo generoso o una noble acción. Generalmente son gentes que tuvieron en sus manos la felicidad y la arrojaron irreflexivos por la borda de las conveniencias sociales. Los más, al arrojar de sí a la felicidad, arrojaron con ella el alma, cansada de soportar ingratitudes y falsías. Momentos hubo en su vida en que lo entregaron todo, para no recibir después más que el desencanto y la desilusión.

Esto le acontece al buen Alan Beck, un ex soldado, fracasado residuo de la gran guerra, que arrasado por la corriente de la vida, está a punto de ahogarse en el torbellino sin fuerzas para defenderse, harto ya de su miserable existencia.

Si le preguntamos de qué vive, desde hace unos meses, no sabría contestarnos: vive de milagro.

Sus ropas están rotas, sus zapatos desclavados permiten que el agua sucia le bese los pies.

Su estómago vacío: no ha ingerido alimento al-

gano desde el día siguiente a la misma hora que pudo lograr unos céntimos para comprar un poco de pan.

Su moral está completamente desequilibrada. Se encuentra el pobre muchacho en esos momentos de la vida, en que da igual morir o matar.

Allá en las trincheras, su vida era menos triste. Veía a la muerte cara a cara, pero comía, reía y cantaba. Se estaba mejor mirando a la muerte de cerca que viviendo desamparado de todos, despreciado por la sociedad y avergonzado de sí mismo.

Si alguien le hubiera dado un dólar por la vida, le hubiese vendido sin mirar a quién. Le hubiera sido igual que el comprador fuera un ángel que un demonio.

Cruzaba las viejas calles pestilentes y sucias, que circundaban el puerto, insensible a lo que ocurría a su alrededor.

Cansado de andar y agotado por el hambre y la angustia, se paró ante una sucia casa cuyo letrero rezaba: «COMPRAS Y VENTAS».

Rebuscando sus vacíos bolsillos, había tropezado con un objeto que apretaron con furia sus manos crispadas. Estaba indeciso... No sabía qué partido tomar. Pero el hambre y el frío son más fuertes que la dignidad, y sacando fuerzas de flaqueza penetró en la misera tienducha, en la que se enfrentó con el judío dueño del establecimiento mercantil.



¿Qué tienes Johnny? ¿Eres pálido?

— ¿Qué desea? — le preguntó con agrio gesto el propietario, temeroso por el mal aspecto del visitante.

— Vender esto — contestó Alan, abriendo su mano helada por el frío.

Sonrióse el judío al contemplar el objeto de la venta. Era la cruz de guerra ganada en los campos de batalla, que un día un viejo general le colocó en el pecho ante todos sus compañeros, que formados envidiaban el galardón que el heroico soldado había ganado con su sangre.

— Nada vale...

— ¿Qué dice usted?

— Que nada vale.

V sacó de uno de los estantes una cajita en la que, como mariposas disecadas, brillaba la plata de mil cruces, que otros tantos degraciados como él se habían visto obligados a vender.

— ¿Qué quiere usted que le dé por su cruz? — continuó el hombrecillo. — Las tengo a cientos y estas cosas pocas son los que las compran. Algún cómico para adornar su traje de farsa o algún iluso que quiere por unas pocas dñeros comprar lo que no hubiera podido conseguir nunca luchando por su patria.

Bajo Alam la mirada, recogió la cruz, la apretó contra su pecho y volvió angustiado a luchar cara a cara contra las inclemencias del cielo y de la noche. De nada le servía su heroísmo, como de nada le servía ser bueno.



Mientras unos luchan por el dinero «difícil», otros se reparten el dinero «fácil», el logrado por medios vergonzosos y punibles, admitidos sus escrúpulos por las conciencias pervertidas.

En una casa en la que no se respira el lujo, pero sí la comodidad, dos hombres jóvenes departen animadamente ante un buen fajo de billetes de banco que uno de ellos ha sacado de su repleta cartera, dispuesto a comprar el último reduto en que se debate la dignidad del otro.

Johnny Vane, el más joven y dueño a la par de la casa en que ambos se encuentran, opone débilmente a su compañero:

— No sé si hacemos bien en quedarnos con esto. Aunque robar a un ladrón no es un gran delito, e jefe acabará por enterarse de las filtraciones del contrabando y ya sabes cómo las gasta.

No seas ridículo — contéstale Conroy, su acompañante, un granuja de marca conocido en todas las comisarias de los Estados. — El jefe y sus sabuesos se las dan de listos, pero yo les he ganado las vueltas y me aprovecho de la partida.

— ¿Pero estás seguro que el jefe no puede enterarse?

— Déjale en paz al jefe y embólsate la parte que te corresponde. Con unos cuantos negocios de este calibre, dentro de muy poco tiempo nos vamos a Batopa y que nos eche un galgo.

— Tengo miedo.

— Eres un cobarde. Ya me habían hablado de tus cosas; pero me figuré que eras más hombre.

— Si no se enterase...

— ¿Quién se lo va a decir? Ni a ti ni a mí nos interesa hablar y los demás nada saben. Toma ese dinero y mañana, si te parece, volveremos a comenzar otro negocio.

Tendió la mano Johnny Vane, para hacerse dueño del dinero; pero en aquel momento el ruido de una puerta les hizo levantar la vista.

La hermana de Johnny, Isabel Vane, acababa de entrar. Se dirigió a su hermano, le hizo devolver aquel dinero a Conroy y con aire digno y duro gesto exclamó:

— Conroy, ha metido usted a mi hermano en

bastantes negocios sucios. No acabe usted de perderle.

— Si dejas que las faldas se metan en nuestros asuntos no saldremos de pobres. Andrés North no puede enterarse de esto.

— Me importa muy poco que se entere o no se entere. Estoy enterada yo y basta.

— ¡Isabel!

— No quiero que te pierdas, hermano. Prefiero vivir pobre pero honrada, a saber que el pan que llevo a mi boca me le da una indignidad. Devuelve ese dinero al señor Conroy y que busque otro que le ayude en sus «negocios».

— Está bien — dijo éste recogiendo el dinero y poniéndose de pie. — La culpa me la tengo yo por haberte creído más hombre de lo que eres en realidad.

Saludó a los hermanos con un gesto canalla y salió dando un portazo.

— ¡Isabel! — exclamó enfurecido Johnny, una vez que se hubieron quedado solos. — No quiero que te metas en mis asuntos. ¿Lo oyes? Andrés North no se hubiese enterado nunca y estaríamos a cubierto de las necesidades más perentorias, que por ahora nos vamos negros para sobrelevar.

En aquel momento un disparo sonó a la puerta de la calle; se escuchó después la caída de un cuerpo

acompañada de un débil grito... y otra vez el silencio de la noche dejó escuchar el monótono cantar del agua al caer en las losas y rebotar en los cristales del balcón.

Pasado el primer momento de terror, corrió Johnny escaleras abajo para enterarse de lo que sucedía.

En un charco de sangre, muerto de un balazo, yacía Conroy. Dos hombres, pistola en mano, descendieron de un automóvil y se acercaron al caído. No habían visto a Johnny, al que las sombras resguardaban.

Levantaron al muerto y le intentaron llevar al coche. Un policía se acercó a ellos.

— ¿Qué ocurre? — preguntó intrigado viendo al que los otros llevaban cogido por los sobacos.

— Un borracho. Es un amigo y le vamos a conducir a su casa — contestó uno de ellos.

Sonríese el policía, al que la noche ocultaba la tragedia, y les dejó ir.

Johnny Vane corrió a sus habitaciones, en las que angustiada esperaba Isabel.

— ¿Qué tienes, Johnny? ¡Estás pálido! ¿Qué ha ocurrido?

— ¡Estamos perdidos! ¡Conroy ha muerto! ¡Le han asesinado los hombres de Andrés North!

— ¿Les has visto?

Sí: he reconocido a uno de ellos. Los perros de North han cazado a Conroy. He sido un loco creyendo

que podríamos burlarnos de él. Ahora me cazarán a mí.

— Valor, Johnny — dijo, animosa, Isabel. — Ha llegado lo que yo temía. Pero ahora no te abatas: haye de ellos; apártate de esos bandidos y de su jefe.

¡Pobre muchacho! Su juventud inconsciente le había impedido ver que sus fuerzas eran pocas. Creyó burlar a su jefe: pero el brazo del temible North, implacable con sus infieles servidores, había llegado hasta ellos. Hoy había sido Conroy, mañana le tocaría a él. Los mismos Squint y Webb, los dos pistoleros de acción del « comité ejecutivo » del temido jefe, se encargarían de ello. No había salvación.





III

Alan Beck, cansado de deambular hambriento por las calles y completamente decidido tomó un camino recto, de sobra conocido, pero al que no había querido acudir y se dispuso a vender su alma al diablo.

Cruzó las viejas calles de Nueva York y se dirigió a una de las grandes avenidas, en uno de cuyos más soberbios palacios llamó decidido y dispuesto a todo. Se abrió la puerta al poco tiempo y un guardián de cara hosca y gesto desabrido le preguntó sin apenas entornar la puerta:

— ¿Qué desea?

— Quiero ver al señor North.

— Imposible.

— No hay nada imposible para un hombre hambriento.



Diviértete la que puedas hasta las doce de la noche del 24 de diciembre

— Venga usted mañana. Hoy no puede ser.

— Vamos a verlo... — dijo Alan, dando un empujón a la puerta, que se abrió de par en par lanzando al guardián a cuatro metros de distancia. El primer paso ya está dado. Quiero ver al señor North.

— ¿Está usted loco? — dijo el guardián, apuntándole al pecho con una pistola. — ¿Quiere usted perder la vida?

— Eso no es cuenta de usted; pero no me importa perderla. Quiero ver al señor North y le veré.

Ante tanta decisión y tanta seguridad, el guardián estaba pasmado. Guardó la pistola y díjole decidido.

— Voy a ver si puede recibirle a usted. ¿A quién anuncio?

A uno.

— Voy en seguida. Pero mucho ojo. Se está usted jugando la vida.

— Yo le espero aquí. Creo que no querrán ustedes asesinar a un indefenso que viene a proponer un buen negocio.

No tardó mucho en aparecer Andrés North, millonario poderoso, gran contrabandista y explotador de todo lo prohibido, jefe de una banda de malhechores terriblemente disciplinada.

— ¿Eres tú? — preguntó, reconociendo a Alam.

— Sí; yo soy.

— Dime qué deseas, pues no tengo tiempo que perder.

— Terminaremos pronto. Hace un año quise interponerme en su camino y usted me aplastó, teniendo que agradecerle que le dejara con vida. Como ésta, después de todo, le pertenece, vengo a proponerle un buen negocio.

— Veamos — dijo North imperturbable. — Siéntate.

Estoy enfermo de frío, de hambre y de miseria;

la vida no me interesa y creo que esta noche nos entenderemos. El negocio es éste: Usted me da 10,000 dólares para vivir decentemente un año. Al propio tiempo yo hago un seguro de vida por 100,000 dólares a nombre de usted. Yo muero al cabo del año, usted cobra el seguro y ha ganado 90,000 dólares.

— No está mal, pero entra en esa habitación, sécate y descansa, y puede ser que cambien tus ideas.

Acababan de llamar y no le convenía que Alam viese a los que llegaban.

Alam comprendió en seguida la situación y se encerró en la habitación que North le señalara, esperando a ser llamado para concluir el negocio que le había llevado a casa del vampiro.

Penetró en el despacho de North el nuevo visitante, que no era otro que Webb, uno de los pistoleros que habían acabado con Conroy, el cual entregó a su jefe un paquete conteniendo unos miles de dólares.

— ¿Sangre? — preguntó North, al ver la sangre que manchaba los billetes.

— Sí, señor: ha caído Conroy.

— ¿Quién era el que le acompañaba en su traición?

— El otro es Johnny Vane, que vive con su hermana que le cuida y le aconseja mucho, pero Squint dará cuenta de él en seguida.

Puedes retirarte y dile a Séquiat que no quiero que muera ese hombre por ahora. Tengo otros planes.

— Está bien, señor. Vivirá.

* * *

— ¿De modo — decía poco después North al decidido Alam Beck — que estás decidido?... ¿Sigues con tu idea? Verdaderamente es magnífica, pero tiene el inconveniente de que después de pasar un año de buena vida, no querrás morir.

— Me hace usted matar.

Me parece un mozo resuelto y la combinación se puede hacer de otro modo. Como yo no puedo ser beneficiario de tu póliza, te casaré con una mujer obligada a mí y harás el seguro a su nombre. Cuando muera, tu mujer lo cobrará y me pagará. ¿Conforme?...

— Yo no quisiera meter a ninguna mujer en este negocio.

— No eres tú, soy yo, porque de otro modo no puedo aceptar tu proposición.

— ¿La mujer que habrá de casarse conmigo estará en el secreto?...

Usted la conocerá cinco minutos antes de casarse con ella y vivirá con usted durante el año. Debe ignorar el negocio.

— Conforme. Déme 300 dólares como anticipo.

— Tómalos. El hombre que me ha traído este dinero me ha inspirado la idea de quién ha de ser tu esposa.

Me es igual una que otra.

— A mí no. Toma los billetes.

Guardó Alam los billetes y acordándose de algo volvió a acercarse a North y le dijo:

— ¡Señor North! Dígame el día exacto en que debo morir. Soy algo supersticioso con las fechas.

— La suerte nos lo dirá — díjole North, sacando de un estuchito unos dados rojos. — Tire usted uno de ellos que yo jugaré el otro.

Lanzó el dado Alam sobre el tapete: había marcado dos. North hizo lo mismo y el dado rojo marcó cuatro. Unió los dos números North y dijo:

— El 2 y el 4. Ya lo sabes, el día 24.

— Falta mucho tiempo.

— Diviértete todo lo que puedas hasta las doce de la noche del 24 de diciembre en que cumplirás tu compromiso. ¿Acordado?

— Acordado — respondió Alam, abandonando al hombre corcel que había vendido su vida miserable.

Apenas salió de la estancia, preguntó Andrés North a su criado:

— ¿Está casada la hermana de Johnny Vane?

— No señor; es soltera.

— ¡Muy bien! ¡Muy bien! ¡Bonito negocio! ¡Qué idiota!

Y salió frotándose las manos, mientras Alam buscaba un sitio en el que pasar la noche de aquel día perro, que había cambiado por completo el cauce normal de su existencia.



IV

Los métodos inexorables de Andrés North establecían la rapidez para todos sus asuntos. Uno de sus secuaces comunicó a Isabel Vane que, para hablarla de su hermano, debía Andrés North verla por su palacio.

La joven acudió temerosa, dispuesta a rogar al monstruo incommovible que perdonase la vida del único ser a quien amaba. Huérfana de padres desde que tenía muy pocos años, le había servido de madre, y le adoraba por considerarle aún un niño inconsciente, en el que sus consejos no habían fructificado por las malas compañías que habían pervertido su juventud.

Seco y rígido, recibió el millonario a la descorazonada Isabel.

— ¡Sabéis — la dijo — que vuestro hermano Johnny Vane estaba a mi servicio y habíame jurado fidelidad?

— Lo sé — contestó con débil acento Isabel.

— ¡Sabéis, señorita, que ayer, al salir de vuestra casa, fué asesinado un amigo de vuestro hermano llamado Conroy?

Isabel palideció.

— Lo sé — dijo Isabel con voz apenas perceptible.

— Conroy era un traidor: había saltado a su juramento y debía morir. Le habíamos confiado grandes intereses y grandes secretos. Nos era necesario su silencio y el de sus cómplices. Vuestro hermano era el compañero de Conroy. Nos ha traicionado como aquél nos traicionó y como aquél merece la muerte...

— ¡Perdón para él, señor! ¡Mi hermano es un niño inconsciente!... Yo le juro que nunca más hará caso de las malas compañías!...

Se había arrodillado a los pies de North, que esperaba esta escena con una cínica sonrisa en los labios.

— Soy amante de ahorrar las palabras y la he llamado, precisamente, para que usted salvase la vida de su hermano. Yo le perdono.

— ¡Gracias, señor, gracias! — interrumpió Isabel.
— El cielo se lo premiará...



Conroy era un traidor: había saltado a su juramento...

— Déjeme terminar y no me interrumpa. Lo que el cielo haya de darme no me interesa. Escuche: Yo perdono a su hermano, pero le perdono con una condición.

— Aceptada...

Una vez que haya usted conocido la condición que impongo, estaré más seguro de esa palabra que el cariño que profesa a su hermano ha puesto en su boca.

— Usted dirá.

— Se trata de un sacrificio, al que debe usted de llegar por salvar a su hermano. Es preciso que se case usted con el hombre a quien yo señalaré.

— ¿Sin conocerle y sin amarlo?

— Sin conocerle y sin amarlo — respondió con firmeza Andrés North.

Pero eso es espantoso. ¿Cómo voy a casarme con un hombre a quien no quiero?

— Ya la he dicho a usted que el casamiento que la propongo es el único medio de salvar la vida de su hermano Johnny Vane.

— Estoy en sus manos y vale para mí muchísimo la vida de Johnny. Acepto. ¿Quién es ese hombre?

— Le conoceréis el mismo día de la boda.

— ¿Cuándo se ha de realizar ésta?

— Yo la avisaré. Está pronta a ponerse a mis órdenes.

* * *

Los primeros trámites para el original y macabro «negocio» de Alam Beck consistieron, para Andrés North, en preparar la partida de matrimonio de Alam Beck e Isabel Vane y la póliza de seguro de vida en la que el primero aseguraba a nombre de su esposa futura, Isabel Vane, la cantidad de 100.000 dólares.

Alam, avisado por North, se preparó para contraer

matrimonio con la mujer que se le había destinado; le daba lo mismo que fuese guapa o fea. Para él el matrimonio era un gracioso preliminar de su muerte. Además, un hombre que sabe que tan sólo su sacrificio ha de durar un año, plazo que le queda de vida, no se preocupa grandemente de tan decisivo paso.

Se dispuso a llevar su papel a la perfección y cumpliendo lo estipulado puntualmente se presentó en casa de North.

Había llegado el momento de presentar a los dos novios que debían unirse de tan original e inaudita manera.

Andrés North se encargó de hacer las presentaciones sin dejar su cínico gesto.

— Su futura esposa, que desde hoy se llamara la señora Beck — dijo señalando a Isabel y dirigiéndose a Alam Beck. — El señor Alam Beck — continuó dirigiéndose a Isabel — vuestro futuro esposo ante Dios y ante los hombres.

Hicieronse ambos futuros esposos una leve inclinación de cabeza, mientras in mente decía Alam:

— Es bonita.

En los ojos de Isabel brilló un momento una mirada de odio, mientras en su boca se dibujaba una mueca de desprecio, con lo que pesaba la indigna acción de su prometido.

Andrés North sonreía. Tocó un timbre y apareció

en la puerta la simpática figura de un anciano pastor.

— Puede empezar la ceremonia — le dijo North — Los futuros esposos aguardan impacientes. Los documentos están en regla — podéis examinarlos.

Después de la ceremonia de rúbrica y de las naturales preguntas, por parte del pastor, de:

— «¿Alam Beck, quiere usted por esposa a Isabel Vane? » e «¿Isabel Vane quiere usted por esposo a Alam Beck? », quedó terminado el negocio, para el cual hubo, Andrés North, de prestar su anillo a los contrayentes. Alam habíase olvidado de comprar uno.

— La falta de costumbre — dijo.

Pocos momentos después, un precioso auto conducía a los recién casados a la casa que les fuera destinada. En el pescante del auto se acomodó uno de los secuaces de North, el cual había sido advertido por éste de no abandonar en ningún momento a Beck, del que había sido nombrado ayuda de cámara.

Penetraron en la casa ambos esposos y con ello Squint Scoggins, que así se llamaba el ayuda de cámara.

Sobre la mesa del salóncito principal, un magnífico ramo de flores daba la bienvenida a los recién casados; junto al ramo una tarjeta indicaba la procedencia de las flores.

«Cordiales felicitaciones al matrimonio Beck, de
ANDRÉS NORTH.»

Esto rezaba en la tarjeta que Alam leyó con una sonrisa desaprensiva en sus labios.

Alam preparó dos copas, ofreciendo una de ellas a su esposa, que le contemplaba indiferente.

— Beberemos una copa — dijo al ofrecérsela — a la salud de nuestra novelesca unión.

Isabel rechazó el ofrecimiento indignada.

Alam Beck, sin hacer caso del gesto de desagrado, preguntó:

— ¿No le gusta a usted nuestro lindo y elegante nido?

— ¡Caballero! — repuso irritada Isabel — Debo decir a usted que yo sólo me he casado obligada por el señor North.

— Señora mía, le advierto que no me importa nada saber por qué se ha casado usted, ni averiguar su pasado me interesa.

¿Es usted un desaprensivo?

— Sí: por mi desgracia me veo obligado a serlo con usted.

— ¡Esto es una canallada! ¡Una venta indigna!

— No se enfade. No me habré explicado bien, señora. Quise decir que lo único que me interesa es saber por qué me he casado yo. Dios y yo sabemos la

causa. Sólo la diré que tengo la conciencia tranquila. Buenas noches, señora.

Alam Beck hizo una profunda reverencia a su esposa y se dirigió a sus habitaciones.

Isabel no sabía a qué atenerse con aquel enigmático marido que el destino le deparara. No sabía decir si la parecía un canalla o un desgraciado.

Squint, el ayuda de cámara, entró preguntando por el señor.

— Estará en sus habitaciones. ¿Quién es usted?...

— Yo soy Squint, señora, el ayuda de cámara, guardián y vigilante de su esposo. Su compañero inseparable.

— ¿Y qué quieres de mí? — preguntó Alam volviendo a entrar en el salón.

— Estoy encargado de vigilarle.

— Tendrá usted que viajar mucho si ha de vigilarle.

— Conforme, amigo mío; pero dondequiera que vaya usted, debemos ir Genoveva y yo.

— ¿Genoveva?

— Sí. Genoveva es esta vieja amiga, que viaja siempre conmigo — contestó Squint mostrando a la vista de los esposos una pistola automática de grueso calibre.

Isabel estaba horrorizada: no acertaba a comprender aquello que parecía una amenaza.



¡Perdón para él, señor!

Alam sonreía diciendo:

— Todavía es pronto, muchacho. ¡Todavía es pronto! Mañana será otro día.

♦ ♦ ♦

Llegó la noche y con ella la preocupación de Isabel fué tomando cuerpo. Su esposo había adquirido sobre ella derechos ilimitados, cuyo cumplimiento había de ser para ella vergonzoso, pues pondría a su venta

el colorón de una mayor vergüenza. Se metió en su lecho, y angustiada estuvo atenta a todos los pasos con que su esposo recorría su despacho. Unas veces quedas y el sonido de la puerta de la calle al cerrarse y el más absoluto silencio luego, la hicieron comprender que su esposo acababa de salir de casa.

La del alba sería cuando Alam llegó a su casa acompañado de su ayuda de cámara. Llegaba borracho. Apenas se podía tener en pie. Buscó la llave por todos sus bolsillos sin encontrarla.

— He perdido la llave. Squint. ¿Cómo abriremos la puerta?

Apenas podía articular una sílaba.

— ¡Borracho en su noche de bodas! — exclamó Squint. — ¿Qué falta de respeto a la señora!

Forzó este último la puerta, rompiendo su cerradura con una bala de su Genoveva y se lanzó por ella Alam, tambaleándose horribilmente.

Isabel se despertó asustada ante el escándalo. De un momento a otro llegaría hasta ella su esposo ¡y en qué estado! Pero Alam, aunque había bebido mucho, no había llegado a perder su conciencia. Penetró en la cámara de su esposa dando tumbos, recogió su maleta y volvió a salir como había entrado, sin hacer caso a su esposa.

Volvió a reinar el silencio.

¿Qué pasará? ¿Qué hará? se preguntó Isabel.

Se envolvió en una bata de noche y procurando no hacer ruido se dirigió a la habitación de su esposo.

Alam se había echado sobre la cama, vestido. Un globo de goma atado con un hilo a su muñeca se bambolecaba ridículo sobre su cabeza.

Isabel comprendió su estado. Hacía frío y le cubrió para que no se enfriase. Cerró las ventanas, le contempló en silencio durante unos instantes y se volvió a su habitación.

Poco después dormía tranquila. Una sonrisa blanca florecía en sus labios.

Alam, en medio de su borrachera, sonreía también.

Squint entretanto acariciaba con cariño a su Genoveva.





V

A los pocos meses de vivir aquella agradable vida, merced al dinero de North, Alam Beck, lejos de escaparse y burlar su compromiso, salía ya solo disipando el tiempo y el dinero fuera de su casa, temeroso de enamorarse de su encantadora esposa.

El 24 de diciembre se aproximaba. Squint, siempre vigilante, procuraba hacérselo comprender a su pistola, que parecía impacientarse.

— ¡Guaveva, esta vida muelle es indigna de un pistolero de primera clase, pero no te preocupes; el día señalado por el jefe no tardará en llegar. Eso que lo siento porque Alam es un buen muchacho y tanto él como su esposa merecen ser felices; pero el jefe es el jefe y no hay más remedio que acatar sus órdenes.

Poco después de haber conversado un ratito con su pistola, Squint, tocado de un mandil de cocina

ayudaba a Isabel en la confección de una torta que destinaba a su marido. Era su cumpleaños y quería obsequiarle.

— Hoy es el cumpleaños de Alam — le decía a Squint. — Quizá hoy se quede en casa... ¿Verdad Squint que Alam es muy bueno?

— Su marido es honrado y buenísimo; pero como las ardillas, no se puede estar quieto.

Las escaleras crujieron bajo el peso de Alam, que, elegantísimo, se disponía a dejar su casa.

Isabel salió a su encuentro. En el centro de la mesa del comedor estaba la torta con sus doce bengalas, luciendo llamativa. Alam se fijó en ella y preguntó:

— ¿Qué es eso?

— Lo he hecho yo misma para ti por ser tu cumpleaños. Quédate conmigo hoy.

No hay que decir que Alam estaba enamorado de su mujer. La sabía buena, honrada, cariñosa y sencilla, y había llegado a enamorarse de ella perdidamente. Le halagaban sus palabras suplicantes, sus miradas sumisas... Se quedaría. ¿Dónde mejor lo había de pasar que al lado de su mujercita?...

Al volver la vista se encontró con la mirada de Squint que se dirigía a un calendario en el que estaba señalado con lápiz rojo el 24 de diciembre.

Recuperó su serenidad, contempló tristemente a su esposa y la dijo:

Squint acaba de recordarme una pequeña deuda que debo de pagar.

— No se olvide usted, señor Beck, que hoy le esperan en el cabaret Lorquín — avisó Squint comprendiendo la situación de Alam.

— ¿Te vas? — preguntó desconsolada Isabel.

— Sí; lo siento mucho, querida, pero hay razones abrumadoras que me impiden quedarme contigo. Adiós.

— ¡Adiós!

De los ojos de Isabel resbalaba una lágrima silenciosa y triste.

Poco después, camino del cabaret, le decía Squint a su señor:

— Es mejor que la deje usted sola. No le conviene interesarse por ella.

* * *

La animosa Isabel, que amaba apasionadamente a su improvisado marido, se dispuso a seguirle a Lorquín.

El cabaret Lorquín era un lugar frívolo y alegre, donde las esposas y los agentes de la autoridad no solían ser bien recibidos.

Isabel llegó a él, elegantísima y dispuesta a todo;

pero apenas había dado un paso en la escalera, se sintió detenida por el portero.

— No se puede subir, señora. Está reservado el derecho de admisión y el reglamento de la casa no permite la entrada a ninguna señora sola.

Mi marido está arriba y me espera — mintió Isabel para que la permitieran el acceso al salón.

— Señora, lo siento mucho, pero no puedo complacerla; me lo impiden las órdenes que tengo recibidas. Sólo se puede pasar del brazo de un caballero.

Andrés North, que entraba en aquel momento y había reconocido a Isabel Vane, interrumpió al criado diciéndole:

— Esta señora será mi invitada.

Saludó cariñoso a Isabel, ofreciéndole su brazo y ambos hicieron irrupción en el salón, en el que reinaba la alegría.

Uno de los que primero vieron a su esposa del brazo de North fué Alam Beck. Su desesperación no tenía límites. Se veía en ridículo. Comprendía que era una venganza de Isabel y prometió vengarse a su vez.

Una lindísima muchacha estaba en su mesa dedicada a charlar con Squint, pues hasta entonces no había conseguido sacarle ni la más mínima palabra por mucho que había coqueteado para llamarle la atención. La requetó a la vista de su

irritada esposa, que hacía lo propio con North para pagar a su marido con la misma moneda. Cuando sonaron los acordes del primer tango bailó con ella, se miraba en sus ojos y casi se besaban sus bocas.

Entretanto North, que veía el mal rato que pasaba su compañera, la dijo lentamente :

— Pronto terminará su compromiso con Alam, señora. Espero que después nos veremos más a menudo ; es usted muy linda. He sido un tonto en habérsela regalado a ese mameluco.

No sé qué quiere usted decir, señor North.

— Quiero decir que es usted encantadora.

El sufrimiento de Isabel era espantoso. Por una parte viendo como su esposo se sentía feliz en los brazos de otra mujer, y por la otra teniendo que soportar las galanterías de aquel canalla. No podía más ; se levantó y rogó a su acompañante :

— Señor North, permítame que me retire a casa.

— Tendré mucho gusto en acompañarla. Soy y seré su más rendido esclavo, señora Beck.

Altiva y con todo el despecho que llevaba en el alma, pasó Isabel a la vera de Alam. También North tuvo que pasar por su lado, dejando al pasar, junto a la mesa, una tarjeta en la que Alam leyó lo siguiente :

« Su esposa es muy linda de blanco, pero seguramente estará más bella de negro. »

Como si le hubiesen colocado los polos de una co-

rriente eléctrica en los músculos, saltó Alam en dirección a los que salían.

Detuvo a su esposa por el brazo diciéndola irritado :

— ¿A quién has pedido permiso para venir aquí?

— No necesito el permiso de nadie, caballero.

— ¿Quiere usted que la recuerde los derechos que tengo sobre su persona?

— No me extrañaría que fuese usted tan grosero.

— Señor Beck — interrumpió North — está usted dando un escándalo.

— Caballero : yo hago lo que me parece y no le consiento a usted que se meta en mis asuntos particulares. Puede usted evitarse el escándalo retirándose.

— Lo siento mucho, pero soy el acompañante de esta señora.

— Usted será su acompañante, pero yo soy su marido. Y como tengo derechos sobre ella, me la llevo, desafiándole a usted a que intente oponerse.

Diciendo esto, cogió a su esposa en brazos como si de un chiquillo se tratara y se lanzó con ella a su automóvil, que partió veloz a las órdenes de su señor.

Siquiera pudo, por casualidad, saltar sobre el coche en marcha, riendo de las decisiones de aquel muchacho de quien había de ser verdugo, caso que él pusiera

término a su vida cuando el plazo de su contrato expirase.

Con su esposa en los brazos penetró en su casa Alam Beck, seguido de Squint. Arrojó a su mujer sobre un diván.

— Señora, mientras sea usted mi mujer, absténgase de volver a Lorquin...

— Caballero, mientras usted sea mi marido, absténgase de ir a los cabarets con otras mujeres.

— ¡Oh mujeres! ¡Malditas mujeres! Yo hago lo que me da la gana.

— Y yo lo que quiero.

La disputa arreciaba cada vez más.

— No permito que mi mujer vuelva a hablar con ese bandido de Andrés North.

Yo hablaré con quien quiera y cuando quiera.

— Eso lo veremos.

— Yo... ¡te odio!

Ya lo sé, querida... yo... ¡te odio también!... y vas a conseguir que te ahorquen mis manos.

— ¡Ojalá me matases! ¡Así habría acabado de sufrir!...

Las manos del enfurecido Alam se acercaron agarradas al cuello de su esposa, que con lágrimas en los ojos le decía:

— ¡Mátame! ¡Mátame!



La falta de costumbre — dijo Alam

¿Qué había de matarla, si la quería más que a su propia vida!

Cayó a sus pies llorando como un niño.

— ¡Te quiero, te quiero Isabel! — decía besándola en la frente y en la boca, que Isabel no hurtaba.

Isabel se había prendido a su cuello exclamando:

Ya era hora. No llores, vida. Si yo te quiero también, intensamente, como nunca he querido.

— Y sin embargo — decía él — este cariño es imposible. Nos separa la muerte. ¡Canalla! ¡Qué canalla fui!

— Yo soy tu esposa, Alam. Dime todo lo que me ocultas. Seremos dos para oponernos al destino. ¿Qué te pasa?

— No contaba con que te amaría tanto, Isabel, y ahora es trágico lo que nos ocurre porque...

Se le atragantaban las palabras. No se atrevía a poner en antecedentes a su esposa de su macabra negociación.

— No me ocultes nada, esposo mío... Me ha perseguido tanto la desgracia, que nada me espanta y todo lo espero de la vida. Habla, habla. ¿Qué mejor confidente que mi cariño?...

— He vendido mi vida al diablo, que en esta ocasión lo fué Andrés North. Cuando yo muera en la fecha convenida, él cobrará un seguro hecho a tu favor. La vida de tu hermano será la garantía del pago.



VI

Conoci a North antes de la guerra europea. Las malas compañías hicieronme derrochar mi patrimonio y caí en sus negros tentáculos.

Mi juventud sin experiencia no se dió cuenta del alcance que tenían lo que él llamaba «sus negocios». Pero poco a poco me fui enterando de sus infamias y quise oponerme a su fuerza y anularle. La traición de unos cuantos canallas que estaban a sus órdenes anuló mis esfuerzos y caí vencido y humillado en la lucha empeñada. Pudo haberme matado, pero despreció mi vida. No le hacía falta.

Desengañado de los amigos, olvidado por todos y desesperado, me alisté en los ejércitos de voluntarios que mi patria mandaba a luchar en los campos de Francia. Busqué en mi desespero la muerte, pero hasta ésta me despreciaba también. Caían a miles

mis compañeros segados por la negra guadaña de la muerte y los veía caer a mi lado envidiando sus tristes destinos. Ellos tenían una madre, una hermana o una novia que les lloraría en la lejana patria. Yo no tenía a nadie; no podía contar con ninguna oración, y sin embargo les envidiaba. Me lanzaba a lo más sangriento y empuñado de los combates; me ofrecía para todos los peligros; pero la muerte se burlaba de mí.

Derroché la sangre en los campos de Francia, luchando contra el fiero tentón, y cuando se firmaron las paces volví a mi patria ostentando sobre mi pecho el alto galardón de una cruz de guerra y tan triste y desesperado como había salido de ella.

Como no estaba lo suficientemente preparado para la lucha por la vida — ¡fui siempre un señorito inútil! — ninguna puerta se me abrió. Me ofrecí para los más penosos trabajos y fué inútil también mi ofrecimiento.

Los amigos me habían olvidado. No tenía dinero y así pasé unos meses, viviendo en la más espantosa de las miserias. Mis codos rotos, mis zapatos abiertos, dejaban a mi cuerpo cansado desamparado contra todas las inclemencias.

Y día llegó en que no tuve ni techo bajo el que cobijar mis andrajos. El frío era intenso. La lluvia azotaba mi rostro calándome hasta los huesos. Tenía

hambre, frío, fiebre. No había comido hacía dos días más que un poco de pan. Quise vender mi cruz y me la despreciaron. No me atrevía a acudir a la caridad de los demás. Mi dignidad me lo impedía.

La noche continuaba. Por las calles de la ciudad los transeúntes iban escaseando. La fiebre y el cansancio agotaban mis energías y... no pude más.

Me dirigí a casa de ese hombre maldito, que se llama Andrés North. Le expuse mi situación y el macabro negocio. El me daría 10,000 dólares y yo firmaría una póliza de seguros de 100,000 dólares que él cobraría a mi muerte. Al finalizar el año tendría que morir o él me mandaría matar. Como la póliza de seguros no la podía hacer a su nombre, me obligó a casarme contigo. La vida de tu hermano le respondía de ese seguro que tú cobrarás a mi muerte, que será el 24 de diciembre. Ya lo sabes todo.

— ¡Pobre amor mío! — clamó con lágrimas en los ojos Isabel.

— Fui un cobarde — continuó Alam. — La vida me asustó e hice el tal contrato que debo cumplir o que ese monstruo nos obligará a cumplir.

Alam, tú no eres un cobarde, tú no eres una víctima propicia a las pistolas de ese asesino poderoso. Tú debes luchar para salvarte y salvarme. Para salvar nuestro amor.

— Sólo consiguiendo 100,000 dólares podría res-

estar mi vida. Aunque le denunciase él me haría matar.

Estaban unidos, fuertemente unidos. El dolor de sus almas gemías, almas que habían nacido para adirse, les unió para siempre. Aquel día, fue su más venturoso día de amor. Habían vencido las distancias que les separaban y se consideraban dichosos con la esperanza de poderse librar de las negras bocas de las pistolas que North tenía dirigidas a su cabeza.



VII

Durante los últimos tres meses del plazo fatal, A'amtucó desesperadamente la cura de su resaca, pero los milagros no se hacen fácilmente. Acudió al juego, a las múltiples amistades que había hecho en su nueva posición. Pero los amigos no pudieron poner a su disposición aquella cantidad.

Los que tenían aquella cantidad no tenían la menor intención de entregarla a un hombre sin garantías. Los que estaban animados de buena voluntad, carecían de aquel dinero.

La casa aseguradora a la que propuso un arreglo le contestó lo siguiente:

«Querido señor Beck:

Sus ingresos a cuenta de la suma estipulada sólo beneficiarán a su viuda, pero de ningún modo podrá librar a usted de cumplir su compromiso el día 24 de

diciembre, a menos que entregase la cantidad total asegurada.

Ninguna puerta se le abría y veía correr impaciente los días, lleno de terror más por su amor que por su vida.

Ahora que comprendía el valor de la vida le amenazaba la muerte, a la que buscó infinitas veces sin conseguir su fría caricia.

El nido que de modo tan imprevisto y original formara, antes tan gélido, estaba ahora iluminado por un amor purísimo en el que su alma se bañaba presa en aquel encanto seductor, en el que jamás creyera porque nunca había llegado hasta él.

Su mujercita, su Isabel, cada día más enamorada, estaba triste, muy triste, viendo aproximarse la maldita fecha. Se la encontraba llorando cuando creía que nadie podía ver correr sus lágrimas.

Y los días corrían, corrían, acercándose cada vez más el temido día 24 de diciembre en el que la muerte le esperaba impaciente.

También Squint, el pistolero que le había de aniquilar, estaba triste. Había llegado a apreciar a aquel muchachote franco y fuerte, al que sabía valeroso y que únicamente temblaba por aquel amor que se adueñara de su alma.

Sus monólogos eran cada día más impacientes. Odiaba con toda su alma a North, que le había enco-

mendado aquella maldita faena de matar a un hombre a quien cada día apreciaba más.

Genoveva, su antigua compañera de crímenes, le servía de martirio.

— No hay derecho — la decía, como si le pudiese comprender — que tú y yo coadyuvemos a la muerte de ese desgraciado que tan simpático nos es.

Un día se dirigió a Beck, al que veía cariacontecido, diciéndole:

— Señor Beck, hace un año casi que le vigilo, dispuesto a cumplir las órdenes que me dieron caso de que usted intente faltar al contrato firmado. En este año le he llegado a tomar cariño y ni Genoveva ni yo nos atreveríamos a disparar sobre usted.

— Gracias, Squint; es una lástima que nos hayamos encontrado tan tarde. Eres un buen muchacho.

— Déjese de pamplinas y escuche. Vengo a decirle que si quiere usted poner tierra de por medio, Genoveva y yo haríamos la vista gorda.

Alam estrechó su mano agradecido.

— Gracias, gracias; pero es inútil; si no eres tú, será otro el que nos mate a ti y a mí. Ya sabes que North hace bien las cosas; además, la vida de mi cuñado responde de la mía y no hay derecho a que por vivir yo, le haga matar a él.

¿Y qué hacemos?

— Sólo tenemos un medio : pagar a North.

— Busque usted, señor Beck : busque usted y cuente conmigo para todo.

Volvió a estrechar su mano el emocionado Alam y separáronse los dos hombres.

¿Quién había de imaginarse que en un hombre que dedicó al crimen su vida, quedasen todavía buenos sentimientos?

La vida encierra sorpresas infinitas. Cuando Squint llegó a su cuarto, el dorso de su mano se llegó hasta sus ojos para secar una lágrima que se desprendía rebelde de sus ojos.

— ¿Qué daño hace la luz! — decía sin querer comprender que hace más daño el corazón.



VIII

Todo llega en la vida y el último día del plazo llegó también. El día 24 de diciembre, día en que Alam había de morir, amaneció.

Parecía como si el día comprendiera todo el dolor de aquellas almas que, presas en las garras del destino, se debatían sin poder hacer nada para evitar su saña.

Nada habían logrado que pudiese ser una esperanza de vida.

En el confortable salón de la casa de Alam se hallaban reunidos Alam y su cuñado Johnny Vane, hermano de Isabel.

— Nada se me ocurre. Estoy desarmado ante ese hombre maldito — decía desesperadamente Alam.

— ¿Has agotado todos los medios?

— Todos.

— ¿Tu fortuna a cuánto alcanza?

— Realizando las joyas de Isabel, el dinero ganado en el juego y lo que tú me ofreces, apenas llega a 20,000 dólares.

— ¡Faltan 80,000!

— ¡Maldita sea! ¿Y no ves ninguna salvación?

— Ninguna. Tu vida y la de tu hermana responden de la mía.

Callaron, cabizbajos, los hombres.

En la habitación sólo se oía el monótono tictac del reloj de pared que adornaba uno de los testers del salón.

De repente, y como iluminado por una idea salvadora, Johnny se dirigió a su cuñado Alam, que insensible a todo tenía la cabeza hundida entre las manos, sin darse cuenta de que corría el tiempo de un modo amenazador y altamente alarmante para su vida.

— ¿Tienes valor? — le preguntó mirándole a los ojos.

— ¿Qué dices?

— Que si tienes valor.

— Sobrado, si no temiese por vuestras vidas.

— Pues mira. No se trata ahora de vuestras vidas, sino de salvarte.

— ¡Habla!

— Sólo tenemos un medio de pagar a North hasta



¿Qué pasará, qué hará? — se preguntó Isabel

el último céntimo. Yo sé cómo entrar en su gran depósito de bebidas de contrabando.

— ¿Robar? — preguntó, sorprendido, Alam.

— ¡Robar! — exclamó decidido Johnny Vane. — Tu vida y la felicidad de Isabel por unas horas de peligro, robando a un ladrón.

— Es espantoso. ¡Yo un vil ladrón!

— No hay otro medio. Ese granuja no merece más que eso. Además, mi hermana...

— ¡Calla! — interrumpió Alam viendo entrar a Isabel.

Entró pálida, herosa. Los sufrimientos y el temor de perder a su esposo habíanla desfigurado horriblemente. Parecía la estampa del dolor.

Su cutis blanco como la cera, surcado por las lágrimas que restaban de sus ojos, la daban un aspecto de mártir cristiana. Cayó aniquilada por la pena en un diván. La ahogaban los sollozos.

Los pálidos lirios de sus mejillas florecían abriendo su albuza a la imagen negra del dolor.

¡Marchitas sus rosas por el viento gélido de un amargo destino! ¡Surcado de lágrimas su rostro! ¡Vencida por la pena! ¡Cayó de rodillas, elevando sus manos a lo alto del cielo, esperando la salvación de aquel hombre a quien tanto había llegado a querer.

Alam la estrechó entre sus brazos, desesperado. Besó sus ojos llorosos y su pálida frente y la dijo temblando y presa de la mayor emoción:

— No te apures; aun nos queda la última carta y vamos a jugarla.

— ¿Estás decidido? — preguntóle Johnny.

— Lo estoy. Prepáralo todo para esta noche.

Se estrecharon las manos los dos hombres y Johnny Vane salió después de haber asegurado a su hermana que no temiese por la vida de Alam.

— ¿Qué vas a hacer? — preguntó Isabel cuando salió su hermano.

— Pagarle con su mismo dinero — contestó, decidido, Alam.

— ¿Cómo vas a poder hacerlo?

— Quiténdoselo a él mismo. Esta noche asaltarémos su depósito de bebidas de contrabando y antes de las doce tendrá el dinero.

— ¿Y si te matan?

— Venderé cara mi vida. No te apures. Tengo esperanza en Dios.

Estaban dulcemente unidos, mirándose a los ojos en los que se reflejaba todo el amor que encerraban sus almas.

— Ahora que era tan feliz, Alam, con tu cariño — dijo Isabel — quieren arrebatarme a mis brazos y al amor mío. ¿Cómo puede consentirlo Dios? No; no es posible que no pueda haber en mi vida un solo momento de felicidad. De niña la falta de mis padres me llenó de tristeza y de desamparo. Más tarde, mi pobre hermano, descarriado por los malos amigos, llenó mi vida de dolor. Y ahora quieren matarme al hombre que más quiero. Si tú mueres, yo moriré contigo. La vida sin ti me sería imposible.

— Dulce amor mío. No temas. Por tu cariño soy capaz de vencer a la misma muerte. Tengo esperanza en que hemos de triunfar.

— ¡Dios mío! ¡Sálvale! ¡Sálvale y toma mi vida! Si ha de morir alguno de los dos, que no sea él.

Y volvieron sus ojos a elevarse a lo alto, pidiendo al Ser Supremo la vida del amado.

Poco a poco renació la tranquilidad en su espíritu y dejó que su esposo fuese en busca de su hermano para prepararlo todo. Ella también pondría su granito de arena.

— Vete, vete — le dijo. — Procura que no falte ni un detalle para que no pueda fallar el golpe. Yo espero aquí, rezando a la Virgen. Y no temas: si mueres yo te sabré vengar. Quiero vivir o morir contigo.

— Yo no he sido bueno, Isabel. Sólo me he preocupado de mí y no acierto a comprender por qué el Supremo Hacedor me dió contigo tal regalo. Muerto o vivo — la dijo estrechándola con furia entre sus brazos — quiero que sepas que te adoro, que eres y has sido mi único cariño en la tierra, y que te adoro tanto como se adora al Dios de los altares.

— Vete, amor mío; defiende tu vida y nuestro amor. Aquí te espera mi cariño para amarte eternamente si triunfas, para llorarte y vengar tu muerte si caes en la lucha.

Un beso intenso y largo unió aquellas almas en las que el amor había hecho un trono.

Alam salió y apenas había salido Isabel se envolvió en un amplio abrigo de noche y abandonó su casa dispuesta a lograr la vida de su amado, que un hombre maldito quería robar.

Ambos iban impulsados por la misma fuerza. El amor que sentían en el alma les animaba en aquella dura lucha en la que la muerte jugaba tan importante papel.

¿Conseguirían triunfar de la muerte? ¿Son tan fuertes en la vida las almas que luchan por la vida y por el amor?





IX

Isabel dirigió sus pasos hacia el palacio del hombre terrible del que dependía la vida de su esposo.

Andrés North era un hombre de cuarenta y cinco a cincuenta años. Había luchado con la vida duramente. Hombre sin conciencia, logró de los hombres cuanto quiso abusando de sus debilidades. Su fuerza mayor era la voluntad, capaz de todos los esfuerzos cuando se trataba de conseguir un objeto. Nadie le había conocido afectos. En su vida, los crímenes se contaban por ciertos. Los millones adquiridos por las malas artes le habían dado una preponderancia mercantil y un nombre grande en las finanzas. No tenía corazón. Era jefe de una partida de contrabandistas que obedecían elegantemente sus órdenes, auxiliado por lo cual había conseguido hasta entonces burlar a los más finos sabuesos de la policía neoyorquina. Sus hombres le temían, porque estaban se-

guros de encontrar la muerte a la menor traición. Lo podían probar muchos compañeros que habían desaparecido como si les hubiera tragado la tierra. Su aspecto era repulsivo, su cara horea, su mirada hostil. Tenía muchas arrugas en la cara, pero tenía más arrugas en el corazón.

No la pusieron a Isabel impedimento a'guno para entrar. Apenas llamó a su puerta, fué conducida a su presencia.

— La esperaba a usted, señora. Siéntese — la dijo después de saludarla correctamente. — Sabía que no podía usted tardar.

— ¿Por qué lo sabía? — preguntó Isabel, intrigada.

— Porque ha cometido la temeridad de enamorarse de su esposo y esto no podía pasarme desapercibido.

— Tiene usted razón. Estoy enamorada y por eso he venido.

— Sí, lo sé. Viene usted a pedirme perdón. Que aplaze su muerte. Que me pagarán, etc., etc. ¿No es así?

— Sí, señor North. Amo a mi marido con todas las fuerzas de mi alma y vengo a usted confiada en que se dará cuenta de nuestra situación y habrá perdonar. Nosotros le devolveremos a usted su dinero. Trabajaremos hasta que tenga usted en su poder los 100.000 dólares. Somos tres a trabajar. ¡Tenga usted compasión de nosotros!

— Todo eso está muy bien, señora. Si yo no necesitare urgentemente ese dinero, créame que le daría tiempo a su esposo para que me abonase esa cantidad. Pero da la coincidencia que lo necesito y no puedo exponerme a quedar en mal lugar mi nombre y mis negocios por el riesgo de una mujer, aunque esta mujer sea tan hermosa como lo sois vos.

— ¡Piedad, señor North!

No puedo, señora. Vuestro marido firmó un contrato conmigo, cuyo contrato ha de cumplir. Su esposo, señora, debe suprimirse, si no quiere que mis hombres le supriman.

— Es que yo denunciaré este crimen.

— También morirá. Ahora bien, vuestra denuncia no hará más que en lugar de que la víctima sea él solo, le acompañe también su hermano Johnny, cuya vida me responde de esa cantidad.

— Es usted un canalla.

Me lo han dicho muchas veces, señora, y ya no me hace efecto. Puede usted ahorrarse todos esos insultos, pues no van a lograr nada.

Isabel quiso cambiar de táctica y puso más dulzura en sus palabras.

— Señor North, perdóneme. Comprenda que no sé lo que me digo. ¡Es tan triste el dilema! Por una parte la vida de mi hermano, por otra la vida de mi esposo, que es la mía. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Tenga



Hacia frío y le cubrió para que no se enfriase.

compasión, señor North! Usted es rico y no precisa esa cantidad de una manera imprescindible. Dénos un plazo aunque sea corto.

— Es inútil, señora. Tres meses le va vuestro esposo buscando esa cantidad y no ha podido encontrarla. El plazo que os podría dar no serviría de nada, y me haríais perder un tiempo precioso.

Caballero. Por la memoria de vuestra madre...

— ¡Señor! Deje a mi madre en paz. ¿Qué sabe ella de negocios, ni qué la importan los míos?

— No tenéis alma.

— ¿De qué me serviría? ¿Mañana sean las almas que dejen escapar 100,000 de ares! ¿Qué temería!

— Teme bien; si él muere, temed por vuestra vida. Soy una débil mujer, pero sabré vengarme.

— Me gustáis más en ese pan — dijo cínicamente el impasible North. — El talis cuanto más irritada más bella. Os juro, señora, que si yo hubiese descubierto alguna mujer, hubierais sido vos la preferida.

— Sois malo y canalla. Me dais repugnancia... ¡Oh!

— Habéis venido a mí en mal hora. Uno de mis mayores placeres es la venganza. Vuestro hermano me traicionó y he estado a punto por él y por su cómplice Cenroy de dar al traste con mi libertad. Había solamente dado tiempo al tiempo; pero necesitaba vengarme de algún modo.

— ¡Eh! terrible. Las cejas fruncidas, la boca con-

traída, la mirada punzante y los músculos del rostro tensos. Daba miedo aquel hombre.

— Vuestro esposo — continuó — se puso frente a mí una vez y me humilló. No le maté porque en aquella ocasión no tenía en mis manos la fuerza suficiente; se me vigilaba, lo mismo que a mis hombres. Horas terribles me hizo pasar vuestro esposo... ¿Y queréis que yo ahora abandone por sentimentalismo mi venganza? ¡Qué ilusa! Marchaos, señora, marchaos y no me importunéis con vuestras lágrimas estúpidas.

Rígido, seco como su alma, llamó a uno de sus hombres, al que le dijo cínicamente:

— Acompaña a esta señora hasta la puerta.



X

Entretanto Alam y Johnny habían estado haciendo todos los preparativos para asaltar los depósitos de contrabando que North poseía en el puerto. Había pasado momentos de inquietud espantosa y a las once de la noche, quedándole tan sólo una hora de vida, jugó su última carta desesperadamente.

— Tengo miedo, Johnny — decía Alam. — Yo que no he temblado nunca ante nada, estoy acobardado en este momento. Tengo miedo.

— No seas chiquillo, Alam; tú siempre has sido muy hombre y en esta ocasión que tanto te juegas no debes de pensar más que en vencer.

— Por mí no me importa nada; es por ella, por Isabel...

— Por ella, por ti y por vuestra felicidad vamos a luchar. ¡Animo, pues, y adelante!

Tienes razón. He de vencer a ese canalla o morir matando. No hay derecho a que ese maldito juegue con nuestras cobardías y nuestras debilidades.

— ¿Estás seguro de Squint? Porque Squint no te abandonará. Ahí le tienes.

Efectivamente, Squint, sonriente y con las manos en los bolsillos de su gabán, se entretenía en jugar con Genoveva, cuyas duras líneas se adivinaban a través de la tela del gabán.

— Estoy seguro, pero para que tú lo estés también voy a llamarlo. ¡Squint! ¿Hace usted el favor de venir?

— Dígame, señor Beck... ¿Qué desea?

— Ya sabes que hoy cumple el plazo, ¿verdad?

— Lo sé — dijo Squint bajando la cabeza.

— Esta noche — continuó Alam — he de pagar o he de morir.

— Cierto. Esas son las órdenes que tengo.

— Yo no tengo el dinero y por lo tanto si quiero quedar con vida, he de buscarlo.

— Tengo 10,000 dólares a su disposición.

— Gracias, Squint; pero no se trata de eso. Con esa cantidad y con lo que poseo apenas cubrimos la tercera parte de la póliza de seguros.

— No puedo hacer más.

— Lo que haces te lo agradezco con alma y vida, pero no basta. He de buscar ese dinero

cueste lo que cueste, aunque pierda la vida en la demanda.

— ¿Qué piensa usted hacer?

— Verás. Johnny conoce el medio de penetrar en los depósitos de alcoholes que posee North en las últimas harracas del puerto. Esta noche hemos de entrar a saco en los depósitos para pagar a North con su mismo dinero.

— ¡Bonita jugada!

— ¿Te opondrás, sabiendo que es el único medio que tengo para salvar la vida?

— ¿Con qué derecho, señor Beck? Yo estoy a su lado para impedir que huya, no para impedir que robe. Hasta que den las doce de la noche usted puede hacer cuanto le venga en gana. Después de las doce no, porque le he de matar si no se mata usted antes, o he de morir yo por faltar a lo mandado.

— Gracias, Squint; así vendrás con nosotros, sin oponerte a nuestros designios.

— Claro que iré y les ayudaré además. ¿No ve usted que eso nadie me lo puede impedir?

— ¿Y si saben que hemos sido nosotros?

— ¿Quién lo va a saber? Nosotros con negarlo tenemos bastante.

— ¡Eres un buen hombre para mí, Squint! Vamos a jugar la última partida; por si acaso muero en ella, dame la mano y aprieta firme. ¡Eres todo un hombre!

— Esto no vale la pena. Además, que todos tenemos algo aquí dentro — repuso Squint llevándose la mano al pecho.

— Tú ni una palabra. Todo el riesgo y la responsabilidad serán nuestras — dijo Johnny Vane.

— Cada cual que cargue con la suya, señor Vane. Yo ya he dicho bastante.



XI

Los hombres que había preparado Johnny Vane estaban dispuestos a comenzar. Todos ellos eran hombres seguros. Pertenecían a esa clase de hombres que constituyen el detritus de la sociedad. Vivían todos ellos bajo la ley desde que tenían uso de razón. Para ellos, lo que iban a hacer era juego de niños. Conocían a North y sabían a lo que se exponían si caían en sus garras; pero había corrido el oro a manos llenas y estaban dispuestos a jugarse la piel.

El puerto de Nueva York, uno de los más grandes del mundo, era un laberinto de empujones y bultos de mercancías. La vigilancia de los guardianes era mucha, pero fácil de burlar para aquella gente.

Johnny dio las últimas órdenes:

— Vosotros — dijo a sus hombres — conducid los camiones al último apartado del puerto. Veréis unos

depósitos, al parecer, abandonados; el último de la derecha es el que nos interesa. Acercáis a él los camiones procurando que éstos hagan el menor ruido posible, para lo cual apagáis los motores y los lleváis por puños. Una vez allí, esperáis que se levanten las trampas metálicas. Esto es todo lo que tenéis que hacer. ¿Habéis comprendido bien? Si salimos con éxito hay a ganar 1,000 dólares.

Descuide usted. Se hará lo que ha mandado.

— Pues manos a la obra, muchachos.

Efectivamente, no tardaron los motores en funcionar y los camiones se perdieron en el puerto, mal iluminado a aquellas horas por la luz soñolienta de los focos eléctricos que se reflejaban en las aguas sucias del mar en silencio.

* * *

Johnny, Alam Beck y Squint tomaron una barca que suavemente y sin ruido se fué deslizando por las aguas mansas del puerto colosal de Nueva York.

Squint iba silencioso, contemplando cómo chapoteaban los remos al entrar y salir de las aguas.

Alam y Johnny conversaban.

— North decía Johnny a su cuñado — tiene una mala costumbre. Le gusta contemplar su dinero y saciar su vista en los montones de oro, y como el



Señora, mientras usted sea mi mujer, absténgase de volver a Larquin.

depósito tiene grandes escondrijos, que yo conozco, tiene en ellos una caja de caudales donde guarda valores importantes y crecidas cantidades para con ellas efectuar sin dilación alguna sus grandes operaciones mercantiles y sus más precisos pagos de mercancías. Uno de los hombres que con nosotros vienen es habilísimo en hacer saltar las más seguras cajas de caudales. Lo interesante es inutilizar a los guardianes.

— ¿Tiene más de uno?

No lo sé; pero creo que no. Además, la entrada que yo conozco no está vigilada.

— ¡Habríamos de derramar sangre? No quisiera por nada del mundo echar tal peso sobre mi conciencia.

Squint sonreía, escuchando los reparos de Alam.

— No se apure — le dijo. — Genoveva se encargará de cargar con la responsabilidad. Es usted un chiquillo.

— La muerte de un hombre siempre es una cosa importante — repuso Alam.

— No les importaría tanto a ellos que muera usted.

— Tiene razón, Squint. Si no hay más remedio se le hará callar, cueste lo que cueste.

La barca cruzaba en aquel momento una empalizada.

— Silencio — observó Johnny. — Vamos a entrar en la zona de peligro.

La barca resbalaba silenciosa sobre las aguas. El remero sabía su obligación y la conducía sin hacer el menor ruido.

Por fin llegaron a una parte del muro en la que había una escalera de hierro empotrada en él.

Alam fué el primero que saltó a la escalera pistola en mano. Genoveva también había salido a relucir.

— Empuja con los hombros la trampa cuando

estés en el último peldaño — avisó Vane a su cuñado.

— Cuida de no hacer ruido. El candado está roto. Ellos no lo saben.

Alam hizo cuanto le decían. La trampa crujió un poco al poderoso esfuerzo de sus hombros, pero cedió al fin. Alam asomó la cabeza e inspeccionó con su linterna sorda todos los rincones. No había nadie y acabó de levantar la trampa, por la que pasaron Squint y Vane. Habían llegado al principio del fin.

Colocada la trampa fueron inspeccionando todos los rincones. Vane observó el exterior desde una abertura que permitía inspeccionar lo que ocurría fuera. Los camiones estaban preparados.

— ¡Animo, muchachos! — dijo al verlos. — Pronto tendremos el dinero; aquí están los camiones.

No tardó en aparecer la caja de caudales.

— Ya tenemos aquí la caja — observó Alam — pero conviene obrar rápidamente.

En aquel mismo instante el ruido de una puerta por la que penetró un rayo de luz les puso en guardia. Efectivamente, la alarma no era infundada: el guardián de los depósitos, habiendo oído ruidos sospechosos penetró en los almacenes armado de su revólver.

No le dieron tiempo; los tres hombres se le echaron encima y le maniataron, dejándole abandonado en el suelo.

■ Inmediatamente abrieron las trampas y los hombres que esperaban fuera penetraron en los depósitos, trasladando con la mayor rapidez posible a los camiones lo que iba indicando Vane.

Squint, pistola en mano, vigilaba, mientras Alan Beck ayudaba a uno de los hombres a saltar la cerradura de la caja de candales.

Habían dejado sin vigilar al guardián creyéndole seguro con sus ataduras; pero el guardián era hombre de ingenio. Se arrastró hasta donde estaba el teléfono y consiguió, tras muchos esfuerzos, incorporarse sobre la mesa del despacho. Con los dientes descolgó el auricular y pronto estuvo en comunicación con la central de teléfonos.

Los asaltantes continuaban su obra en los depósitos, en medio de la mayor actividad.



XII

Dejamos a Isabel en casa de Andrés North en el momento en que éste ordenaba a su criado que la acompañase hasta la puerta.

Hízolo así el criado. Pero el insistente sonido del timbre del teléfono le impidió acabar de conducir a Isabel a la puerta de la calle. Isabel quedó en el vestíbulo, mientras el criado corría al teléfono.

— ¡Señor! ¡Señor! — exclamó una vez que hubo recibido la comunicación. — El guardián de los depósitos comunica que Johnny Vane y un hombre alto le han atado y están robando en el almacén.

¡Maldición! — rugió Andrés North. — Vane y Beck están robando en los depósitos.

Isabel escuchaba todo lo que los dos hombres se decían.

— ¡Pronto! — continuó North. — ¡Avisa a la gente y prepara un automóvil! ¡Que lleven armas! y dile al guarda que tenga ánimo, que antes de veinte minutos estaremos allí. ¡Pronto! ¡No hay un minuto que perder!

Isabel tampoco tenía un minuto que perder, si quería salvar a los que amaba. Bajó las escaleras a todo correr y pronto estuvo en una oficina telefónica.

— ¡Central! ¡Central! ¡De prisa! Comunicación con la jefatura de policía.

Pronto estuvo en comunicación con el jefe de policía del servicio especial.

— Se trata de la vida de dos hombres.

.....

— En los últimos depósitos del puerto.

.....

— ¿Que les conduzca yo? Perderemos mucho tiempo.

.....

— Estoy en la oficina de servicios públicos número 122.

.....

— Espero. Aprisa. No podemos perder tiempo.

.....

— Sí, aquí espero.

Efectivamente, no había transcurrido mucho



¿Qué había de importar si la quería más que a su propia vida?

tiempo y un automóvil con una docena de agentes al mando de un inspector llegó al lugar en que impaciente esperaba Isabel.

A toda velocidad se dirigieron al puerto donde ya una canoa automóvil les esperaba. La canoa lanzóse a toda presión hacia los últimos depósitos del puerto.

Isabel, angustiada, pedía a los cielos que llegase a tiempo.

Durante el camino fué poniendo al corriente al inspector de lo que se trataba. Le explicó el contrato

a grandes trazos y le habló de Andrés North, al que ya conocía de nombre el delegado de la autoridad. También tenía noticia de aquella formidable banda de contrabandistas, a los que hacía tiempo venía persiguiendo la policía sin adelantar nada en sus pesquisas.

Preparó a sus hombres.

— Se trata, muchachos, de un gran servicio de contrabando que no nos debemos dejar escapar — les dijo a sus hombres. — En esta redada van a caer peces gordos.

La canoa automóvil, impulsada por un motor de gran potencia, volaba sobre las aguas del puerto. La estatua de la Libertad relaba sus luces sobre la superficie cristalina e iluminaba intermitentemente el camino de la canoa.

* * *

También a impulsos de sus cien caballos un gran automóvil se acercaba a toda marcha a los depósitos asaltados. En él, impacientes por llegar al final de su carrera, iba North en compañía de una docena de sus hombres más bravos.

No tardaron mucho en llegar. Dejaron el automóvil a cien metros de los depósitos y empuñando sendas pistolas se dirigieron silenciosamente a ellos.

— Son los camiones de Whisky y del Oeste los que están robando — dijo uno de los hombres.

— Si es cierto — dijo North — no hay que dejarlos escapar. Hemos de sorprenderles a todos y que paguen con sus vidas su traición.

Estaba furioso. Habían sorprendido su secreto y esto le tenía frenético. A más, en la caja de los depósitos había una fortuna considerable y era preciso defenderla a toda costa.

Los de dentro no se habían dado cuenta del peligro que corrían, y continuaban su obra.

Andrés North reunió a sus hombres y les dijo:

— Dos de nosotros a los camiones y los demás al almacén.

— Si se defienden, ¿qué hacemos? — preguntó uno de ellos.

— Guerra sin cuartel y caiga el que caiga. Procurad obrar con cautela, a ver si les cogemos desprevenidos.

North, como todos los canallas, era cobarde. La lucha que se avecinaba le imponía; pero a pesar de eso animó a sus hombres diciéndoles:

— ¡Animo, muchachos! Que no quede ninguno con vida. Que no se escape nadie y habrá buena gratificación.

Los hombres de North se arrastraron sigilosamente hacia los depósitos.

En aquel momento quedaba abierta ante Alam la caja de caudales.

Isabel en la canoa se dirigía velozmente a salvar a su esposo y a su hermano, presa de la mayor emoción.



XIII

Una vez abierta la caja de caudales del depósito, se encontró Alam con una fortuna en billetes de banco oro y títulos al portador. Había cerca de un millón de dólares, de los cuales Beek entró en posesión sin el menor escrúpulo, dispuesto a repartirlo todo entre sus hombres, quedándose él lo estrictamente necesario para pagar su póliza de seguro.

Sus hombres habían cargado los camiones con cajas de whisky y de ginebra, y ya estaban preparando para largarse, cuando fueron sorprendidos por los hombres de North.

Al oír los disparos que se cruzaban entre los dos bandos y ver a su gente huir se lanzaron Vane, Beek y Squint a la trampa por la que habían penetrado; pero les fué imposible llegar hasta ella.

Una voz les detuvo en su camino ordenando imperiosa:

— ¡Manos arriba!

Les habían cazado entre dos fuegos. Frente a ellos North sonreía cínico y terrible dirigiéndose a su pecho la boca de su pistola. Detrás varios de sus hombres hacían lo mismo dispuestos a disparar al menor intento.

— Desarmadles y traedme todo lo que tengan en sus bolsillos — ordenó North a uno de sus hombres.

Alam estaba insensible. Había llegado la hora de morir y la veía venir como un estoico. Vane estaba desesperado; veía la muerte de su cuñado segura cuando ya casi estaban ciertos de haberla vencido.

— ¿De modo — preguntó North — que queríais hacer una bonita jugada de bolsa? ¿Pagarme con mi mismo dinero?

— Sí, canalla — le contestó Alam. — De ti hemos aprendido la manera de robar.

— Ahora sólo te falta la manera de aprender a morir.

— He visto la muerte muy de cerca y la he buscado muchas veces. ¿Para qué la voy a temer ahora?

Cuidado, Beck — dijo Squint. — Usted no debe morir hasta la media noche.

— Es una lástima acabar la vida como la acaba el ladrón más vulgar.



Soy tu esposa, Alam; dime todo lo que me quieras

Dejaos de romanticismos ahora. Os quedan cinco minutos de vida — apuntó North.

— Los aprovecharemos para despedirnos de los amigos. ¿No le parece, señor North? Me hace mucha gracia llamarle señor al rufián más cínico de la tierra. Aprieta la mano, Squint. Yo hubiese querido que no hubieses tenido necesidad de volver a las órdenes de este canalla. Pero no ha podido ser. Paciencia y ten seguro el pulso: procura no hacerme sufrir mucho.

Squint estrechó con muestras del mayor afecto la mano que Alam le ofrecía, diciéndole emocionado :

— Gracias, señor Beck, con su amistad me siento suficientemente pagado. Usted ha querido hacer de mí un hombre honrado y estas cosas no se olvidan nunca. Por lo menos yo no sé olvidarlas.

Vamos, ¡pronto! ¡pronto! interrumpió North encamionándole su pistola.

Se encaminaron todos a una de las naves más solitarias de los almácenos. Alam iba a la muerte con tranquilidad. No le imponían los gestos fieros de los hombres que le rodeaban. Su mayor martirio era el recuerdo de su querida Isabel, que asaltaba en aquellos momentos su memoria. Le molestaba morir, pero no había otro remedio. Las gentes de North le rodeaban y hubiesen hecho imposible la huida.

Con un acento en el que se notaba una amenaza, North, que caminaba al lado de Squint, le preguntó :

V tú, Scoggins, cómo te has metido en este sucio complot?

— Yo no he sido encargado de vigilar sus actos, sino de que cumpla su palabra, de morir a las doce.

Pues ya lo sabes, a tus mismas manos ha de morir.

— Si ha de ser muerto de un tiro, yo he prometido a mi Genoveva el hacer ese trabajo. Pero como me



Aquel día fue su más mortuorio día de vida.

la habéis quitado, no voy a poder cumplir mi promesa.

— Darle su pistola — ordenó North a sus hombres.

— ¿Quieres la mía, Squint? — preguntóle Webb, ofreciéndole su pistola.

— Perdón, amigo — contestóle Squint — pero ya sabe que tengo la mejor pistola de América y no preciso ninguna otra para matar a un hombre.

No tardó mucho en estar Genoveva entre sus manos. Squint sonrió más tranquilo al contemplarla.

— No perdamos tiempo — ordenó North. — Usted, Alam, eche a andar, y tú, Squint, cuando lo creas oportuno, haz fuego sobre él.

— V si no quisiera matarle, ¿qué pasaría? — preguntó Squint decidido.

— No lograrías nada más que morir con él. Ya sabes tú que a Andrés North no se le burla tan fácilmente.

— Ya ve usted, Alam — dijo Squint al condenado a muerte — que es inútil que me oponga a su muerte. No hemos estado de suerte por esta vez.

— Comprendido, Squint. Ya sé que no es tu gusto matarme; pero ¿qué se va a hacer? Dispara sin miedo y hazlo pronto — así me ahorrarás sufrimientos.

Alam se volvió de espaldas y caminó.

La pistola de Squint se alzó amenazadora. Estuvo un momento buscando blanco y disparó.

Alan cayó como herido por un rayo. Un hilo de sangre manchó su americana. Squint se dirigió a él; le examinó y rápido como un rayo volvió la boca de su Genoveva hacia los canallas que le habían obligado a disparar sobre Alan.

— ¡Arriba las manos, canallas! Yo fui contratado para dispararle y lo he hecho, pero ahora todos vosotros vais a dar cuenta de los crímenes que habéis cometido o habéis hecho cometer.

North y sus dos cómplices alzaron las manos extrañados por aquella actitud imprevista.

— Soltad las pistolas. Dejadlas caer al suelo y contar con que no ha fallado mi Genoveva un tiro. Al primero que se mueva, le tumbo de un balazo.

El pánico se apoderó de North. Había tanta decisión en las palabras de Squint, que tuvo miedo.

— No juegues, Squint. Mi vida vale mucho. Dí cuánto quieres por ella y lo tendrás.

— Para mí, North, tu vida no vale nada, y te la voy a quitar. Ahora que antes de morir quiero que sepas que Alan no ha muerto. Lo que tiene es un agujerito en un sitio sin importancia. Genoveva sabe bien dónde pone la bala. Eres un necio, North. ¿Crees que iba a matar a ese desgraciado? No lo creas; las víctimas seréis vosotros. Os prometo que seréis las últimas.

North palidecía por momentos; Squint continuó:



Por tu cariño soy capaz de poner a la milona muerte.

Ahora ya hemos hablado bastante. Encomendaos al santo de vuestra devoción, o al demonio que os inspiró los crímenes cometidos. Vuestro último momento ha llegado.

La pistola de Squint volvió a buscar blanco en el pecho de aquellos canallas que ni a moverse se atrevían.





XIV

Isabel llegó tarde. Penetró sin temor confundida con los agentes de la autoridad que, cayendo de improviso sobre las gentes de North, las marataron en un momento, antes de que hubiesen cometido ninguno de los crímenes que North tenía premeditados y ordenados.

El inspector de seguridad penetró en la sala en que acababa de caer Alam, sorprendido de la situación en que encontraba a los actores de tan extraño asunto.

Isabel cayó de rodillas a los pies de Alam llorando amargamente por creerle muerto. Su dolor era infinito y besó desconsolada una y mil veces aquella frente tan querida en la que su recuerdo estaba fijo en el momento de caer.

Una voz sonó a sus espaldas. Era Squint.

— Señora, no se apure. El señor Beck no está muerto. No puede estar muerto. Me he visto obligado a dispararle, pero le he herido de modo que no pudiese acabar con su vida.

— ¿Pero estás seguro que vive?

Como para responderla, Alam abrió los ojos, sonrió a su esposa y volvió a desmayarse otra vez.

— ¡Gracias, Dios mío! ¡Gracias sean dadas a vuestro infinito poder!

* * *

North y sus cómplices fueron maratados y conducidos a la cárcel, no sin que antes de perderles de vista Squint les hubiese despedido con un gesto pícaro.

Tenía muchos crímenes encima y de nada le valió en aquella ocasión su oro al poderoso millonario. Probados sus crímenes y sus múltiples robos, fué condenado a muerte con algunos de sus cómplices. Quiso perder a Squint con sus declaraciones, pero Isabel Vane y su hermano Johnny pudieron lograr su absolución.

En las manos rojas del verdugo acabó sus días Andrés North, el millonario jefe de una banda de grandes asesinos que acabó con él.

Y la Justicia confiscó sus bienes, y pronto de las

mentes de todos se fué borrando la figura tenebrosa de aquel poderoso bandido que disponía a su antojo de vidas y haciendas, y que en aquella ocasión no pudo burlar a la Justicia de los hombres y a la de Dios al que tanto ofendiera su alma, más negra que la misma noche.

* * *

En la sala blanca de un hospital se hallaba Alan convalciente de la herida que le causara «Genoveva» para salvar su vida. A su lado se hallaba Isabel y Johnny Vane, cuando llamaron con los nudillos a la puerta de su sala.

— ¡Adelante! — dijo Johnny Vane.

Squint sonreía y con el sombrero en las manos penetró en la estancia.

— ¿Cómo va ese valor, señor Beck? — preguntó.

— Admirablemente — respondió Isabel. El paciente está fuera de peligro.

— ¡Naturalmente! ¡Si sabremos anatomía!

— ¿Qué te trae por aquí, Squint? — preguntó Alan estrechando su mano.

— Mire usted, señor Beck. Vengo a decirle algo que le agradará. Usted ha sido mi último blanco. Isabel y usted me han hecho aborrecer la pistola y



Estaba terrible, con las cejas fruncidas... contraída la boca

voy a cambiar de arma. He decidido comprarme un taxi de alquiler.

— ¡Admirablemente, Squint! Cuenta con un parroquiano para cuando esté bueno.

— Los primeros que han de montar mi coche han de ser Isabel y usted.

— ¿Y yo? — preguntó Johnny, bromeando.

— Tú — respondióle Squint — te vas a venir conmigo ahora mismo a elegir la marca que he de com-

par. Aquí tú y yo estorbamos. Conque hasta la vista, señores, y que continúe la mejoría.

Squint salió arrastrando consigo a Johnny.

Apenas habían salido, Alam e Isabel se miraron a los ojos y unieron sus almas en un beso infinito.

[Amor mío]

[Isabel]

El sol de una nueva vida había penetrado en sus almas, que por amor habían logrado vencer los dados rojos del destino. Y la vida siguió y el amor con ella.

FIN

BIBLIOTECA PERLA

No dejen de comprar estos interesantísimos tomos

TOMOS PUBLICADOS

- 1 LA LLAMA DEL AMOR, por Pauline Frederick.
2 JURAMENTO OLVIDADO, por M. Kid y M. Varkon.
3 LO QUE CUESTA EL PLACER, por Virginia Vail.
4 AMBICIÓN CIEGA, por Eleanor Boardman.
5 ¿Y ESTO ES EL MATRIMONIO?, por E. Boardman.
6 CON LA MEJOR INTENCIÓN, por C. Talmadge.
7 UN MENSAJE DE ÚLTIMA HORA, por G. Huette.
8 SOMBRAS DE LA NOCHE, por Madge Bellamy.
9 EL PREMIO DE BELLEZA, por Vicki Dana.
10 LA LEY SE IMPONE, por A. Hall y M. Palmieri.
11 DESOLACIÓN, por George O'Brien.
12 SUBLIME BELLEZA, por Audrey Munson.
13 CASADO CON DOS MUJERES, por Alma Rubens.
14 EL DESTINO DE LOS HIJOS, por Henry Porten.
15 EL CABALLO DE HIERRO, por George O'Brien.
16 ALEJANDRITO EL MAGNO, por Marion Davies.
17 NINICHE, por Ossi Oswalda.
18 DESTINO, por Isabella Ruiz.
19 LA MASCARA Y EL ROSTRO, por M. de la Motte.
20 CARNE DE MAR, por George O'Brien.
21 ANA MARIA, por Henry Porten.
22 EL HUÉRFANO DEL CIRCO, por I. Langals.
23 CORAZÓN DE ACERO, por Rod La Rocque.
24 EL PRIMER AÑO, por Catalina Perry.
25 CORAZÓN INTREPIDO, por George O'Brien.
26 LA VIDA PARA EL AMOR, por Laurence Joy.
27 LA REPRESA DE LA MUERTE, por George O'Brien.
28 SANDY, por Harrison Ford y Madge Bellamy.
29 HUELGA DE ESPOSAS, por J. Logan y E. Fox.
30 SIBERIA, por Alma Rubens y Edmund Lowe.
31 EL NECIO, por Edmund Lowe.
32 TRIO FANTÁSTICO, por Lon Chaney y Mae Busch.
33 «SALLY» LA HIJA DEL CIRCO, por Carol Dempster.
34 EL TESORO DE PLATA, por G. O'Brien y E. Dolgy.
35 LA CARAVANA DEL ORO, por A. Gibson y L. Barrymore.
36 EL MURCIÉLAGO, por Jack Pickford.
37 EL SOLDADO DESCONOCIDO, por M. de la Motte.
38 LOS DADOS ROJOS, por Rod La Rocque.

PRECIO DE CADA TOMO: 60 CÉNTIMOS